

El Trabajo Infantil NO es un juego

TRABAJOS GANADORES DEL I CONCURSO DE CUENTO Y DIBUJO





MARINA



Institución educativa: Liceo José Figueres Ferrer
Estudiante escritora: Denisse Santamaría Rojas
Estudiante dibujante: Ileana Brenes Mora

Marina veía a su madre bailar en la sala. Sonaba esa canción de salsa de nuevo y ella bailaba y sonreía al mover sus caderas al sonido de la música... disfrutaba cada paso... Para Marina nadie bailaba como su madre. Cuando ella estaba de buen humor, movía los sillones de la sala y los ponía pegaditos a la pared para que no le quitaran espacio, y convertía la sala en su pista de baile. Entonces la noche se encendía con el sonido de las trompetas y las congas en aquella casita levantada por pilotes de madera, rodeada por palmeras y florecillas rojas y amarillas, con una ventana abierta por la cual salía una luz amarilla y notas musicales y entraba el aire húmedo del Caribe. Marina nada más se sentaba en el piso de madera, con sus piecitos descalzos cruzados y con su abundante cabello rizado y dorado suelto, sonriéndole a su madre con sus diminutos dientitos de leche. La miraba con mucha ternura y admiración, con sus grandes ojos color miel. “No hay mujer más hermosa”, pensaba Marina. El bailar de su madre en las noches con aquella música puesta a alto volumen y la alegría de esta al bailar generaban un efecto casi mágico; era como si pudiese tocar la música con las manos, como si cada vez que sonaba la campana en la pieza ella lo sintiera manifestarse en su cuerpo como ligeras cosquillas.

Durante toda la noche bailaba y bailaba, y luego invitaba a Marina a bailar con ella y las risas y la música inundaban la casita de alegría, y a Marina de hermosas memorias. Cuando se adentraba más la noche, llegaba su padre de trabajar y se unía al baile. A pesar de que viniera cansado, siempre le resultaba reconfortante entrar a su pequeña casita y encontrar dentro el carnaval de dos personas que se formaba en las noches. Reían y bailaban, luego cenaban. No se quejaban porque al final, vivían bien, no tenían mucho, pero les bastaba para ser felices.

Después de la cena, era hora de ir a dormir. Su padre le daba un beso en la frente y le deseaba buenas noches mientras pasaba su mano callosa por el brillante cabello de la niña. Luego, le daba un beso a su madre, y la niña, incómoda, salía corriendo hacia su cuarto con una risa nerviosa. Su madre iba tras ella y una vez en su cuarto abría la ventana cubierta con cedazo. Se sentaba en el borde de la cama y le cantaba a la niña ya acostada hasta que comenzaran a pesarle los párpados y al rendirse cayera en un profundo sueño.

Había algo que emocionaba a Marina más que nada; el primer día de clases. Comprar materiales, el olor a nuevo, el uniforme recién planchado que le calentaba el cuerpo... hasta despertarse aperezada en la mañana por la falta de costumbre. Aún en pijamas, con su pelo desordenado y abriendo los ojos con dificultad, se bajaba descalza de la cama y el sentir el frío del piso en sus pies la alertaba, por lo que se ponía las sandalias que le quedaban grandes, y se dirigía al cuarto de sus padres. En él, la luz estaba encendida y ambos se alistaban apresurados ya que se habían quedado dormidos. Ambos trabajarían en las bananeras, su madre comenzaba ese día. Su padre estaba casi listo, pero para que su madre saliera de la casa tenía primero que pasar por todo un ritual; se ponía las argollas, se trenzaba el cabello, se ponía algo que le daba a sus mejillas de un color tomate, un labial rojo carmín, y para finalizar adornaba sus ojos con diminutos restos de estrellas.

Su mamá le decía que todas las noches antes de dormir, salía al ancho corredor de piso de madera que estaba a la entrada de la casa y se acostaba en la hamaca a ver las estrellas. Escogía la más brillante de todo el cielo y le cantaba hasta que esta decidiera bajar. Le dijo que una vez triturada, la guardaba en un frasquito y se las ponía en los ojos con una pequeña brocha cada mañana.

Cuando se daban cuenta que la niña los observaba, atarantados la mandaban a bañarse. Una vez bañada con el cabello aún mojado le pedía a su madre que la peinara mientras esta desayunaba fruta fresca y un pedacito de pan caliente con café. Luego, con su cabeza recostada al marco de la puerta su madre la veía con su bultito en la espalda y su lonchera en la mano desaparecer entre los kilómetros que le faltaban por caminar para llegar a la escuela.

Era una niña alegre y curiosa, en eso se parecía a su madre. Tenía una sonrisa fresca y contagiosa. Siempre andaba con sus ojos café bien abiertos como brillantes bellotas para que no se le escapara nada. Siempre que aprendía algo nuevo, cerraba sus ojos como para recordarlo y se cubría las orejas como para que no se le escapara. Quería saber como funcionaba todo y la escuela era el lugar donde saciaba un poco esa sed de saber más.

Antes, al volver de la escuela, subía rápidamente las tres gradas que separaban el suelo del corredor de madera y abría la puerta desde donde llamaba a su madre para hacerle saber que estaba en casa. Entraba corriendo y atravesaba la cocina hasta llegar al patio. Su madre siempre estaba ahí. Si había algo que su madre amaba era ese jardín. Antes dedicaba su tiempo a cuidarlo y a regar las plantas. Marina no se explicaba como podía mantenerlo tan hermoso y siempre vivo. ¡Lágrimas! Podía no tener sentido, pero su madre le había dicho que ese jardín significaba para ella un alivio. Cuando lloraba lo hacía en el jardín, y así las lágrimas actuaban de semillas y el jardín

floreecía como ningún otro jardín florece. Se llenaba de vida y de todos los colores que Marina no podía ni nombrar. Años después, Marina reía al recordar eso... era una locura.

Ella cursaba el tercer grado cuando pasó... Un día normal de clases, llegó su padre muy perturbado a buscarla a la escuela. Una vez en la casa le dio la noticia, sin adornos, sin preámbulos. "Condenadas culebras, siempre se colan entre las plantaciones" dijo mientras se retiraba el cigarro de la boca y escupía otra nube de humo. Lo miró extrañada, frunciendo el ceño. Negó con la cabeza y luego se detuvo... Fue como si la hubieran golpeado fuerte en la cara y en todo el cuerpo... Sentía un vacío en su estómago como si cayera, se sentía aturdida y le zumbaban los oídos como si una bomba hubiese explotado justo a su lado. Sentía que no podía mantenerse en pie, como si el peso del mundo entero reposara ahora en sus débiles hombros de infante. No entendía nada y sin embargo, todo. Sabía en que consistía la muerte, pero nunca había estado cerca de ella, nunca creyó estarlo. Sentía muchas ganas de llorar, pero las lágrimas no salían. Cerró los ojos con fuerza, pero seguían sin salir. ¿Por qué no podía llorar? Nunca le había costado llorar por algo que no valía la pena, por algún capricho o un pequeño golpe al caer de la bicicleta, pero cuando su madre, su felicidad, la mujer que le había dado todo y a quien amaba y admiraba tanto moría, ¿no podía hacerlo? Esto la hizo enfurecer, así que salió corriendo a su cuarto y comenzó a destruir todo con lo que se encontraba; muñecos, hojas de papel, tiró la almohada al suelo, pateó la madera dura de su cama y no sintió dolor y tomó el porta retratos que estaba en su mesita de noche y lo tiró contra el suelo, esparciéndose así pedacitos de vidrio por toda la habitación. En busca de otra cosa por romper, con su respiración agitada, miró a ambos lados, y luego al piso. Se encontró con la foto familiar que hace unos momentos estaba en el portarretratos con todos muy sonrientes. La admiró por unos segundos con ternura y dolor. Su padre, que había visto la escena desde la puerta, entró y posó su mano que se veía

gigante sobre el pequeño hombro de la niña y miró la foto. Comenzó a reír.

-¿Por qué ríes?- le preguntó Marina consternada.

-Tu madre odiaba esa foto- Dijo, entre risas.

Marina sonrió con dolor, subió la mirada y se sentó en el suelo cubierto de vidrios. Suspiró. Su padre hizo lo mismo. Ambos se quedaron admirando la foto.

-Era muy hermosa verdad.- dijo Marina con nostalgia.

-La mujer más hermosa del mundo, sin duda- dijo su padre sin apartar la vista de la foto, con un nudo en la garganta.

-¿Me vas a cantar todas las noches hasta que me duerma?

-Todas, sin excepción, hasta que te quedés dormida

Luego, Marina se dejó caer en la cama deseando no tener que levantarse de nuevo. Pero la mañana llegó y tuvo que recibirla con desagrado. Sus ojos comenzaron a abrirse y sintió una punzada fría en su pecho. Le dolía todo el cuerpo. Cerró los ojos e intentó no abrirlos más, pero había amanecido y no había nada que pudiera hacer al respecto. Se quedó acostada y no se levantó. Afuera llovía como si el cielo se fuera a caer, y se dedicó a escuchar la lluvia caer por el resto del día. No quería comer, la misma tristeza le causaba náuseas. Su luto consumía su cuerpo y su alma... y era aún tan pequeña.

Su padre no pudo tomarse muchos días ya que ahora sin el apoyo de su madre debía trabajar el doble para mantener a

Marina. Ella se quedaba solita. Se convirtió en un fantasma en esa casa, en una sombra... Dormía la mayor parte del día pero olvidaba descansar, comía a las horas que debía hacerlo pero olvidaba saborear la comida. De tanto en tanto merodeaba por la casa y se sentaba en el piso de madera de la sala con sus pies descalzos cruzados y de pronto la sala se iluminaba y comenzaba a sonar la música; su madre bailaba con más gracia que nunca. Se veía tan real que hasta la madera crujía con cada paso de su madre y los grillos fuera de la ventana competían con la música... Se sentía tan real que al principio cuando le extendía los brazos para que bailara con ella, Marina accedía y sentía felicidad de nuevo por unos minutos interminables, se recostaba en su pecho y sentía el calor de su cuerpo. Después de un tiempo decidió aceptar que todo era un precioso espejismo y que no hacía más que lastimarse al creer que su madre se encontraba ahí. Un día que llovía más que nunca, Marina decidió salir al patio y se sentó en medio de las hojas secas y las flores con sus pétalos marchitos. Su madre salía de entre las flores dispuesta a regarlas, pero esta vez Marina levantó la vista y con una mirada fría le dijo "Te tengo que dejar ir mami, no sos real". Ella había muerto, y ya no le cantarían en las noches, ni la acompañaría a mirar estrellas en la hamaca, ni regaría el jardín, ni mucho menos bailarían... Ya no.

Desde que su madre había muerto, su padre había tomado la mala costumbre de fumar como una chimenea. Esto le parecía desagradable a Marina. "Dejalo, lo calma" decía su abuela. Un día cuando venía de la escuela a su casa, fue golpeada por una nube de tabaco desde que puso un pie en el corredor. Sintió náuseas. Entró a la casa haciendo esfuerzos por no ahogarse por el humo y logró llegar al patio lleno de colillas de cigarro, donde estaba su padre frustrado, con la vista fija hacia el piso. Una mala noticia estaba por llegar y Marina tenía miedo. Él se volvió y tenía los ojos llorosos. Nunca lo había visto tan envejecido con sus arrugas alrededor

de los ojos, su pelo gris, sus manchas en su piel morena y sus ojos opacos. Su padre nunca había sido bueno para dar malas noticias...

-Te tengo que sacar de la escuela mi vida, ya no puedo con las deudas...Perdón, pero en serio ya no sé que hacer- Su voz se quebró al terminar la última oración -Te venís conmigo a las plantaciones, te quedás calladita Marina eso sí, porque no estás en edad de trabajar, pero el jefe me dijo que mientras no salga de ahí me va a doblar el salario por la ayudita que vos nos des en las bananeras. Tranquila, hay trabajos que son como para ustedes los más pequeños, ¡no son muy difíciles! Te vas a acostumbrar rápido, vas a ver. Va a ser solo por un tiempo mientras me recupero, ¿sí?

Y al día siguiente, bien temprano, llegó su padre a despertarla. Aún adormilada se subió al carro viejo en el que un amigo de su papá los llevaba a las plantaciones. El viaje era un poco largo. Al lado de la carretera explotaban las olas con fuerza, convirtiéndose en blanca espuma que besaba apenas la arena. Cuando las olas comenzaban a formarse era cuando se lograba encontrar la división entre el cielo gris y el mar... Aún no había amanecido.

Por fin llegaron a las plantaciones y a la entrada los esperaba un hombre muy alto y gordo, con un sombrero, botas y barba negra que caminaba de un lado a otro nervioso. Les dio una bienvenida un poco exagerada, y luego se hincó para poder hablarle directamente a la niña.

-Pero si esta es la niñita de don Hector, pero mirá que chiquilla más bonita- utilizaba una voz muy infantil.

-Ya mi papá me dijo que no tengo que decir nada- Le dijo con tono desafiante

-Mirá mocosa ni se te ocurra decir nada, ve que si no, vos y tu papá quedan en la calle, ¿oíste?- le dijo en un tono muy bajo para que solo ella lo escuchara, luego se levantó y dijo en un tono más alto- tiene el carácter de su madre- y con una sonrisa sarcástica dijo: “eso no la va a llevar muy lejos” y se dio media vuelta y se fue. Marina escupió el trazo que había dejado al retirarse y él se volvió y le dio una cachetada que la hizo caer sentada en la tierra. Ella se puso su manita en la mejilla enrojecida por el golpe y volvió a ver a su padre con asombro.

-¡Marinita pórtate bien ve que el señor nos está haciendo un favor!- fue lo que le dijo.

Fue el primero de muchos maltratos que tuvieron que ser soportados en silencio por la trabajadora de las plantaciones.

Al principio le ponían trabajos fáciles, como regar las plantas, quitar las hojas que se doblaban, o envolver los racimos con bolsas cuando tuvieran el tamaño apropiado. Luego comenzó a trabajar con fertilizantes.

Los trabajos eran agotadores. La humedad del aire le dificultaba respirar y la hacía sudar. El calor era tanto que podía abrir los ojos apenas y sentía como si cargara una piedra en su espalda. Se le secaba la garganta y le quedaba aún un largo día y mucho por hacer. El sonido de la maleza al ser majada por sus botas viejas y sucias, los racimos verdes, las largas caminatas por toda la plantación, el sonido de las moscas que la acompañaban durante su trabajo, cortadas en sus manos, la sed y, sobre todo, esa pesadez al llegar a su casa. El dormir unas cuantas horas para luego comenzar de nuevo. Se sentía ajena en su casa, ya que solo llegaba a dormir por unas cuantas horas. Nunca había añorado tanto esos fines de semana en los que podía levantarse hasta tarde para ir a jugar

con sus vecinos, esas usuales visitas a la playa en vacaciones, o el simple hecho de sentarse en un pupitre y escribir hasta cansarse, tan tedioso que lo veía antes... Ya todo eso le parecía muy lejano, recuerdos vagos eran lo que le quedaban. Era casi como si nunca hubiesen pasado. Al principio cuando iban de camino a las plantaciones y pasaban por su antigua escuela sí le daba nostalgia, pero luego, aprovechaba los largos viajes para descansar un poco más... otra forma de ahorrar energías para soportar el día.

Luego, los almuerzos que devoraba después de una larga jornada de trabajo. No sabían ricos, de hecho estaban casi fríos, pero esto le importaba poco cuando había pasado horas llevando sol entre racimos que se le antojaban a pesar de su poco apetitoso color verde.

Después pasó a trabajar lavando y empacando la fruta. Aproximadamente cada 9 meses tenía que dedicarse a esto.

Esas plantaciones la habían visto crecer. Fueron su hogar y su sufrimiento, su cansancio y su muerte en vida. Su vida se había vuelto monótona y sin sentido. No hacía más que trabajar y su jefe...; como lo detestaba! Le repugnaba el solo verlo. Marina había crecido y ya no era la niña de 9 años que llegó al principio. Tenía unas caderas anchas y firmes y unas piernas largas y fuertes. A pesar de las botas y los pantalones largos su figura resaltaba y su belleza se hablaba entre los trabajadores. Algunos de los más jóvenes habían tratado de acercársele, pero ella no estaba interesada, además de que no sabía muy bien como relacionarse con muchachos. Su jefe en cambio, siempre la veía en silencio, como si fuera suya.

Envejecida en mente y cuerpo con 16 años, harta del trabajo diario y de los abusos de su jefe, un día no lo soportó más; corrió más rápido que nunca y salió de las plantaciones. Tomó el autobús en la primera parada que encontró y de allí,

de vuelta a su casa a toda velocidad. Sentía como si fuera a explotar, enferma de todo. Llegó y entró rápidamente. Cruzó el corredor y la cocina volando y se encontró en el jardín muerto. Se sentó entre la maleza y con un grito ahogado dijo “Te extraño mami”.... y comenzó a llorar, ¡por fin a llorar! Las lágrimas viejas le bajaban por sus mejillas las cuales agradecían el agua salada que había deseado salir hace tanto pero no pudo hacerlo. Como si una represa hubiese explotado lloró y lloró sin cansarse. Lloró como si nunca lo hubiera hecho... lloró por su madre, por su muerte y porque la extrañaba... lloró por su padre, tan mudo, viejo y cansado, y lloró por ella, ¡por haberse dejado convertir en esclava por esos siete años!

Continuó llorando por horas, y disfrutó hacerlo. Sentía alivio. Las gotas tibias le corrían por toda la cara y era como si así lavara todo su dolor. Se sentía en calma por fin... Seguidamente, la flor seca de un color café rojizo que estaba a su lado comenzó a tomar color; pasó de un rosa pálido a un rojo encendido. Comenzó a abrir sus pétalos marchitos como si floreciera por primera vez, aceleradamente, pasando de secos a pétalos suaves y delicados. Y así la primer rosa comenzó a nacer. Marina se levantó y por cada lugar donde daba un paso, nacía una flor... un paso, una flor... un paso, una flor... Caminó por todo el jardín, maravillada, llorando de felicidad, mientras el jardín se despertaba e iluminaba. Al final del patio estaba su madre, luciendo más hermosa que nunca. La pequeña Marina le sonrió de nuevo con sus dientitos de leche y aceptó la mano que le extendía su madre para caminar con ella por el patio, como antes y como nunca volvería a hacerlo.

